Inti: Revista de literatura hispánica

Volume 1 | Number 24

Article 3

1986

La poesía española (1905-1930) en algunas antologías de la época

Allen W. Phillips

Follow this and additional works at: https://digitalcommons.providence.edu/inti

Part of the Fiction Commons, Latin American Literature Commons, Modern Literature Commons, and the Poetry Commons

Citas recomendadas

Phillips, Allen W. (Otoño-Primavera 1986) "La poesía española (1905-1930) en algunas antologías de la época," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 24, Article 3. Available at: https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss24/3

This Estudio is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

LA POESIA ESPAÑOLA (1905-1930) EN ALGUNAS ANTOLOGIAS DE LA EPOCA

Allen W. Phillips
University of California at Santa Barbara
(Emeritus)

En el presente trabajo me propongo estudiar seis antologías publicadas en un período de aproximadamente veinticinco años (1905-30) a fin de seguir la marcha de la poesía española desde un romanticismo tardío hasta los comienzos y el triunfo del modernismo, para llegar finalmente a la época en que publican sus tempranas obras los poetas de la generación de 1927. En 1903 aparece el último volumen de los cinco que componen el Florilegio de poesías castellanas del siglo XIX ordenado por Juan Valera. Las clásicas antologías de Gerardo Diego (1923, 1934) y Federico de Onís (1934) aparecen según las fechas indicadas en los primeros años del tercer decenio del siglo actual. Más adelante se multiplican las antologías de toda clase: las temáticas y las generacionales, cuyos autores se proponen presentar promociones poéticas y sus programas, así como temas genéricos. Mientras los grandes poetas de la literatura contemporánea sobreviven (los Machado, Juan Ramón Jiménez, Unamuno y otros de menor talento) y enriquecen de modo notable el caudal de la poesía peninsular, hay una multitud de poetas menores que también tienen algún mérito relativo y cuyas obras no merecen el olvido total. Estos autores, más modestos y menos lúcidos, no llegan desde luego a las alturas de los maestros del XX 4 INTI N: 24-25

sino en muy contados momentos. No obstante representan algunas tendencias y gustos estéticos dignos de ser considerados en una visión panorámica del estado de la poesía durante aquellos años. En alguna forma u otra dan una tónica que sería injusto excluir aunque estos poetas quedan desde luego a la sombra de las figuras máximas de la poesía contemporánea.

En la preparación de cualquier antología entran inevitablemente en juego toda una serie de criterios: las preferencias personales del compilador, el alcance de sus conocimientos del tema; y, de manera especial, la imperiosa necesidad de escoger sin exclusivismos a poetas representativos no sólo en calidad sino también de las principales corrientes artísticas del día. Por tanto, la antología suele ser una imprescindible fuente de consulta para medir los gustos de la época y seguir los caminos del desarrollo de la poesía en sus distintas fases cronológicas.

Las antologías que aquí se examinarán son las siguientes y en cada caso se indica entre paréntesis el nombre del editor: La corte de los poetas (Emilio Carrére, 1906), La musa nueva (Eduardo de Ory, 1908), Parnaso (José Brissa, 1914), Los mejores poetas español contemporáneo contemporáneos (Pedro Crespo, sin año, hacia 1915), Poetas españoles contemporáneos del siglo XX (Ramón Segura de la Garmilla, 1922) y Die Moderne Spanische Dichtung (J. F. Montesinos, 1927). Se dará más espacio a los tres primeros títulos por razones que pronto serán evidentes, reservando para tratamiento somero las otras colecciones ligeramente posteriores. En seguida hay que reconocer visibles desniveles entre los poetas que forman estos florilegios y hasta claras deficiencias en la presentación de los mismos. Con la excepción del importante libro de Montesinos, que es en realidad más estudio que antología, en general los textos citados apenas llevan notas biobibliográficas ni aparato crítico de ninguna clase. Es de lamentar que los antólogos no tomaron el cuidado de Gerardo Diego y de Onís en el riguroso criterio impuesto por ambos al ordenar sus antologías respectivas. Una falla grave, por ejemplo, es no advertir la fuente de las poesías escogidas y, en la mayoría de los casos, no se incluye ninguna bibliografía.

Que se me permita una pequeña digresión. Gerardo Diego, al explicar sus propósitos (exclusiones e inclusiones) afirma categóricamente que quiere hacer una antología de *poetas*, pero los editores que aquí nos ocupan siguieron a mi modo de ver otro criterio proponiendo una antología de la *poesía*. No olvidemos dos cosas más en la obra de Diego: las páginas dedicadas a la vida y la poética de los autores, así como la inclusión de Darío como punto de partida en la segunda edición aumentada. Diego también elimina la poesía anacrónica de los supervivientes, y no incorpora muestras de la obra de los regionalistas ni tampoco de los poetas del arroyo. Mucho menos restringida es la antología de Onís en el sentido de que se admiten a los poetas hispanoamericanos, siendo también más amplio su radio tomando

como punto de partida el primer modernismo hasta llegar a la poesía de vanguardia en España y América. Fundamental es el prólogo de Onís, texto ampliado y perfeccionado después en varias ocasiones posteriores, y tampoco han perdido un ápice de su valor las sintéticas introducciones críticas a los poetas de la antología.

Consideraciones preliminares

La época histórica en cuestión es desde luego de sobremanera significativa por los profundos cambios efectuados en la poesía después del posromanticismo y realismo de Campoamor y Núñez de Arce. La renovación fue fomentada por la presencia de Darío en Europa a partir de 1899, pero el modernismo de escuela (ya no tan evidente en el Maestro) sufrió, consolidados sus triunfos tras enconada lucha, un eclipse rápido en la península. Es decir, mucho antes de los comienzos de la vanguardia, hacia 1920 o 1922, los poetas habían empezado a cultivar unos temas más nacionalistas y más tradicionales, expresados en un lenguaje poco literarizado y en general conservador. En una palabra, los poetas recogiendo velas ensayaban una lírica algo más cerca de la vida.

Con la idea de establecer como fondo indispensable unas premisas para empezar el estudio de las citadas antologías publicadas en las primeras décadas del XX, me propongo llamar la atención sobre cuatro textos críticos que puntualizan con toda claridad el estado de la poesía hacia aquellos años. Durante el último decenio del XIX no hubo voz crítica más autorizada y más temida que la de Clarín, mordaz e intransigente en sus juicios sobre los contemporáneos y firme en su posición anti-modernista. Dueño de una sólida cultura y bien informado a pesar de sus reconocidos prejuicios, Clarín como crítico llena una época y de él quisiera transcribir unos párrafos que dan una visión bastante negativa de la juventud poética en España. Según Clarín, el porvenir lírico del país promete muy poco:

En España, Erato, no hay poetas nuevos... porque no los hay; porque no han nacido. Nuestra generación joven es enclenque, es perezosa, no tiene ideal, no tiene energía; donde más se ve su debilidad, su caquexia, es en los pruritos nerviosos de rebeldía ridícula, de naturalismo *enragé* de algunos infelices. Parece que no vivimos en Europa civilizada... no pensamos en nada de lo que piensa el mundo intelectual; hemos decretado la libertad de pensar para abusar del derecho de no pensar nada. ¿Cómo ha de salir de esto una poesía nueva?

6 INTI N: 24-25

A renglón seguido Clarín afirma que acogería como buena señal extravíos y amaneramientos, hasta de simbolistas y decadentes, si hay en ellos vida y pensamiento:²

No tenemos poetas jóvenes, porque no hay jóvenes que tengan nada de particular que decir... en verso. Para los pocos autores nuevos que tienen un pensamiento y saben sentir con intensidad y originalidad la vida nueva, basta la forma reposada y parsimoniosa de la crítica, o a lo sumo la de la novela... El arrebato lírico no lo siente nadie...

La condena de los poetas parece ser total, y nadie se olvida de las acerbas críticas de Clarín dirigidas a Darío y su poesía afeada por un lamentable afrancesamiento.

En las crónicas de *España contemporánea* (1901) el mismo Rubén Darío, recién llegado al país en segundo viaje, expresa en más de una ocasión su pesimismo y desaliento general al mirar a su alrededor. El panorama artístico e intelectual es desolador. Darío especialmente se queja del arraigado españolismo que no deja entrar los aires de renovación, y deplora el decaimiento de las letras peninsulares. Percibe en todas partes un completo desconocimiento de las corrientes universales del pensamiento europeo frente al espíritu cosmopolita que existía ya en América.³

Pasan algunos años y la actitud de Darío cambia sensiblemente como atestiguan varias páginas de *Tierras solares* (1904), y de modo especial expresa en el texto "Barcelona" un nuevo optimismo. El poeta es consciente de un estremecimiento de vida, porque ya los aires de afuera van entrando en la península antes tan herméticamente sellada por el tradicionalismo. España renace y nuevas voces se oyen dando origen a un fecundo despertar general. Darío vaticina ahora una salud total, llegando sus juicios favorables a su punto más alto en "Nuevos poetas de España", artículo recogido en *Opiniones* (1906), y, a modo de respuesta a Gómez Carrillo, quien le había preguntado sobre el estado de la poesía española, escribe las siguientes palabras: Lo que sí se advierte en el primer momento es que la manera de pensar y de escribir ha cambiado. La liberación de la intelectualidad es un hecho, y más que la europeización, la universalización del alma española... Y por la benéfica influencia del modernismo se dio nueva vida a la literatura española:4

Se acabaron el estancamiento, la sujeción a la luz de lo antiguo académico, la vitola, el patrón que antaño uniformaba la expresión literaria. Concluyó el hacer versos de determinada manera.... El individualismo, la libre manifestación de ias ideas, el vuelo poético sin trabas, se impusieron. Y esto trajo una floración nueva y desconocida. Y el nivel de los espíritus subió. Hasta hace pocos años, apartando al gran Zorrilla, los poetas castellanos estaban en segundo o tercer término entre los de Europa. Ahora, entre los

poetas jóvenes de España, los hay que pueden parangonarse con los de cualquier Parnaso del mundo. La calidad es ya otra, gracias a la cultura importada, a la puerta abierta en la vieja muralla feudal.

Ese movimiento de una juventud pensante y revolucionaria ha comenzado, pues, hace algún tiempo, y Darío incorpora a su crónica acertadas valoraciones de los poetas que él prefiere entre los más destacados de aquellos tiempos. Agreguemos nosotros que precisamente entre los años de 1902 y 1905 habían salido ya, en verso y en prosa, algunos libros significativos que confirmaron positivamente el despertar artístico advertido por el maestro nicaragüense. Es decir, en la poesía los tempranos textos de los Machado, Juan Ramón Jiménez, y Pérez de Ayala, así como los de Azorín, Valle, Unamuno y Baroja en la prosa.

En el primer número de *Helios* (1903) aparecieron algunas páginas de Pérez de Ayala, menos conocidas, que no sólo constituyen un manifiesto modernista sino también un diagnóstico sobre el estado de la lírica española en los primeros años del siglo. A su vez él se da cuenta de un florecimiento espiritual y una saludable renovación formal. Del texto de Pérez de Ayala transcribo algunos fragmentos, que definen los ideales expresivos de marcado tono simbolista entre los poetas jóvenes:⁵

En las altas regiones de la especulación inteligente es diáfana la atmósfera, y las vagas nubes inmaculadas de los anhelos espirituales se deslizan por lo azul del idealismo puro, algo abstracta quizá. Las almas de los poetas modernos abandonan los antiguos asuntos baladles y poco nobles, la contemplación impersonal limitada de lo externo en el cosmos, para seguir con ritmo de arrobamiento, en sus estrofas místicas el vuelo de la Sophia santa. A la antigua concrección [sic] machacona y vulgar en la métrica, de Un pensamiento prosaico, ha sustituido el poema simbólico que tiene iniciaciones de sentimientos inefables, nebulosidad evocadora de música, y entraña bajo las gráciles ondulaciones rítmicas conceptos universales, no por abstrusos menos poéticos.... Una concepción estética más íntima, más humana, anima los generosos espíritus que aman a la Belleza, y en el solemne renacimiento que alborea se unen por igual todas las Bellas Artes, como rosas gemelas que al impulso de un viento blando se unen para besarse.

Así, de esta manera, Ayala compara lo de antaño, ya caduco, con el presente que está en vías de dar nuevos y más perdurables frutos.

En unas reflexiones sobre la poesía del día, seguramente anteriores a su incorporación definitiva en *La guerra literaria* (Madrid, 1913), Manuel Machado habla en forma personal, como testigo y actor no como historiador, acerca de la decadencia artística y luego la floración posterior de la poesía española en los albores del nuevo siglo. Los últimos años del

8 INTI Nº 24-25

XIX eran tristes en el arte y en la política; se encontraba en toda esfera de la vida nacional una especie de inercia e indiferencia.

Así decapitada la Poesía española [la muerte de Campoamor y de Núñez de Arce, muerto hace tiempo para las letras] quedó reducida a un escaso número de imitadores sin carácter ni fuerza alguna, entre los cuales se ve sobresalir apenas las efímeras y borrosas figuras de un Velarde, un Ferrari, un Manuel Reina. La Poesía española se moría en medio del desprecio general, entre las zumbas de Clarín y las inocentes sátiras del *Madrid Cómico*, mantenedor de la lírica festiva más insulsa del mundo... (p. 24).

Por tales tiempos y costumbres, y a raíz de la gran derrota, fue cuando comenzó a surgir la nueva España, y, como siempre, muy por delante la Poesía nueva. Por entonces nacieron a las letras los jóvenes que, hoy maduros, representan nuestra literatura en España y fuera de ella. Su obra, en un principio, tuvo que ser negativa y demoledora. Jamás una juventud tuvo que sacar fuerzas tan de flaqueza, ni tuvo tan pocos impulsos recibidos de la generación anterior, ni tantos ejemplos... que no seguir (p. 25).

Pronto aparecen nuevas plumas para combatir la inmovilidad artística, y las modalidades renovadoras empezaron a abrirse camino aunque los viejos seguían tronando contra el modernismo. Triunfa el movimiento joven que, en el juicio de Manuel Machado, equivalía a anarquía (léase exaltación de la personalidad) y una revolución tanto en la forma externa e interna se realiza. Consolidada la victoria de los nuevos y después del florecimiento lozano, el modernismo como movimiento tiende a desaparecer:

He dicho que el modernismo no existe ya, y nada más cierto, en efecto. Abiertos los caminos, rotos en el fondo los prejuicios y en la forma las trabas en cuanto al metro y la rima; fertilizando el lenguaje con savia nueva, se trataba y se trata ya de trabajar en serio y abandonando toda pose. La personalidad de cada uno de los poetas españoles ha ido cristalizando en modos y formas perfectamente diferentes, sin que haya entre ellos nada de común que permita agruparlos bajo una misma denominación de escuela, secta ni tendencia (p. 36).

Sin embargo, según Machado queda una gran lección para siempre: El arte no es cosa de retórica ni aun de literatura, sino de personalidad (p. 33).

Los textos anteriores, como muchos otros que podrían ser aducidos, comprueban primero una actitud de desaliento y pesimismo que luego se convierte en una esperanza para un futuro prometedor que dentro de poco se traduce en positivas realizaciones. Estamos ya en mejores condiciones para comentar las antologías escogidas y caracterizar la poesía desde el modernismo hasta el momento en que, pasado el furor del ultraísmo a su

vez movimiento rejuvenecedor, los poetas de la generación de 1927 comienzan a publicar sus obras más tempranas.

La corte de los poetas (1906)

En 1906 se publicó en Madrid una curiosa antología poética con el título de La corte de los poetas (Florilegio de rimas modernas), y la Librería de Pueyo, la de los modernistas, hizo la edición del libro. El ejemplar que tengo a la vista no lleva año de publicación, pero la fecha de 1906 es exacta. Por ejemplo, Cejador anota su aparición en el año indicado, añadiendo el siguiente comentario acerbo: florilegio de poetas, los más modernistas, los de los "suspirillos germánicos y vuelos de gallina", que decía Núñez de Arce. Afrancesados, más o menos, en fondo y forma, sólo respetan de los españoles a Góngora, por sus extravagancias. De inmediato es poco menos que evidente que tanto el título como el subtítulo del libro reflejan una clara resonancia modernista.

En las acostumbradas fuentes bibliográficas hay relativamente pocas menciones del volumen aunque recoge el título (con la fecha de 1906) Federico de Onís en su célebre antología; ⁷ también la manejó ocasionalmente José María de Cossío y, al ocuparse de José de Siles, último becqueriano y simpatizante del modernismo rubeniano, cita algunos versos del poeta incluidos en *La corte.* ⁸ En otra parte de la misma obra monumental Cossío califica de *significativa* esta antología (p. 1315). Angel del Río, en su excelente *Historia de la literatura española*, escribe:

En 1905 [sic] los jóvenes modernistas publicaron *La corte de los poetas*, antología prologada por Carrère que asumía, en cierto modo, la jefatura de la escuela, cuando ya los poetas de mayor personalidad se apartaban... del modernismo. Dicha antología ha sido olvidada casi por completo pero tuvo importancia en su momento y el joven Ortega y Gasset... le dedicó un artículo — "Poesía nueva. Poesía vieja". Dicha antología representaba entonces la falange muy numerosa de los nuevos: alrededor de cuarenta poetas. Su interés hoy es el de mostrar cómo cambian la perspectiva y las valoraciones. Muy pocos en la amplia nómina han sobrevivido al menos como poetas...9

Años después se publica una nota de José María Martínez Cachero, "Noticia de la primera antología del modernismo hispánico", 10 un importante comentario que yo no conocía cuando redactaba por primera vez las presentes páginas y con el cual hay varias coincidencias de veras notables. En 1984 José Luis Cano estudia el tema de "Ortega y la poesía", y muy acertadamente llama la atención sobre las dos tempranas críticas del filósofo en las cuales enjuicia con severidad *La corte de los poetas.* 1 Sobre los textos de Ortega, por cierto significativos, volveremos después.

10 INTI N: 24-25

También en su citado artículo Cano alude al poema de Unamuno en que satiriza la antología y de esta composición, que reitera el claro antimodernismo nunca callado por don Miguel, transcribo algunos versos: 12

Junto a esa charca muerta de la corte en que croan las ranas a concierto, se masca como gas de los pantanos ramplonería.

Y si oyen ruido luego bajo el agua buscan el limo, su elemento propio, en el que invernan disfrutando en frío dulce modorra.

Veamos ahora La corte de los poetas. En efecto, se presenta el volumen con una nota preliminar (pp. 5-8) de Emilio Carrére, escritor bohemio y cantor de los barrios bajos de Madrid, poeta fácil que gozaba de gran popularidad en los primeros años del siglo, en parte por su poesía derivada de Verlaine y de Darío así como por su persona pintoresca. 13 Lo que no se sabe es si fue él responsable por la selección, muchas veces totalmente caprichosa, de los poetas incluidos en el libro y, de modo especial, su orden (o desorden) de presentación. En el extenso volumen, impreso con un modesto lujo, no hay ninguna nota biobibliográfica. Como ha de esperarse las páginas del prólogo son agresivas y sarcásticas. Son de índole polémica y en ellas ataca Carrére sin piedad el convencionalismo de los poetas viejos y rutinarios del día. Especialmente a los académicos como era norma en los círculos en que se movían los bohemios. Sin embargo, la antología aspira a representar la juventud y se propone dar a conocer los nuevos valores de la poesía hispánica. Veremos más adelante si todos los poetas de La corte son nuevos o no. No ha habido, según Carrere, ningún verdadero poeta después de Campoamor (el divino) y los románticos anteriores (Espronceda, Zorrilla, Rivas y Bécquer). El asfixiante Manuel del Palacio y el compacto, abrumador, hórrido Ferrari, así como otras medianías no merecen el nombre de verdaderos poetas.14

Hasta la llegada de Darío, un apóstol con un nuevo credo, la poesía española había reflejado solamente una cansada y monótona serie de lugares comunes. Rubén, a quien Carrère llama mago de la rima aunque tal vez un poco exótico, ha regalado no obstante a los españoles un bouquet maravilloso, y, después de las primaverales *Prosas profanas*, ha surgido en la península una lírica aristocrática y renovada en manos de los poetas jóvenes de las últimas generaciones. Esa juventud briosa, a costa de grandes esfuerzos, ha combatido un ambiente poco propicio para consolidar su triunfo definitivo sobre el academismo. 15

Carrère, tras repetidos ataques a los viejos, no escatima sus elogios de Darío ni tampoco de otros escritores que con el tiempo eran figuras de primera calidad en el parnaso español. Por ejemplo, de Antonio Machado opina: el grande sacerdote del simbolismo, es el más intenso de los poetas jóvenes (p. 7). Soledades es, según el proloquista, uno de los mejores libros contemporáneos. No queda muy atrás Manuel, elogiado naturalmente en parte por su estilo verleniano, que tanto embelesaba al mismo Carrere (ambos serán traductores del poeta francés), y finaliza su breve comentario: En unión de Villaespesa, el bohemio fantástico e infatigable, Manuel Machado ha sido uno de los más gallardos paladines de a nueva tendencia (Ibid.). Acerca de Juan Ramón Jiménez, quien efectivamente abre la antología de La corte, se lee la siguiente caracterización: es un lírico exquisito. Sus últimos tres libros le han hecho una firme reputación. Delicado, íntimo, dulcemente dolorido, sus versos tienen un amable perfume de melancolía. Es personalísimo y el poeta joven más sincero (Ibid.). Considera La paz del sendero de Ayala un notable libro de dulce, patriarcal y serena filosofía (Ibid.). En gran parte estos juicios valorativos de 1906 pueden aceptarse ahora sin demasiados escrúpulos. Para otros poetas de la época Carrère también tiene palabras de elogio: emparenta a Rueda, admirable helenista, con Darío; acertadamente compara a Antonio de Zavas, pulido y elegante, con Heredia, a quien años después tradujo el Duque de Amalfi (Los trofeos, 1908); Vicente Medina, el poeta murciane, es quizá el más sensitivo de todos (Ibid.); y llama a Pedro de Répide, poeta culto y exquisito, un místico galante, cuyas rimas tienen un perfume femenino y exotérico, algo de madrigal arcaico y mucho de refinado esplritualismo (Ibid.). Sin duda el proloquista exagera el valor de Répide como poeta aunque caracteriza bien la personalidad humana y artística del escritor. Al terminar su nota preliminar. Carrere se dirige a los poetas de La corte, que militan en las filas de la brillante cruzada del Ideal contra la mala burguesa (Ibid.), y manifiesta que no importa si se escandalizan los orondos vientres y las solemnes calvas de la Real Academia, cuyos discursos sonoros truenan inútilmente desde el fondo del siglo pasado.

Para el lector actual familiarizado con el desarrollo de la poesía española en aquel período de transición, la selección de poetas y el lugar que ocupan en la antología son cosas que no dejan de ser motivo de gran desconcierto. Al examinar el índice, lo primero que asombra es el gran número de poetas de distinta filiación en *La corte:* hay un total de sesenta y siete autores y los versos escogidos llenan trescientas cuarenta y cuatro páginas de texto (ciento setenta y seis poemas). Entre los escritores que integran la obra hay muchos hispanoamericanos (lo que se entiende claramente en los casos de Vervo, Santos Chocano, Icaza y Hernández Catá por sus largos años de residencia en Madrid; amén de Rubén Darío), y otros poetas, tanto españoles como hispanoamericanos, han pasado piadosamente

12 INTI N¹ 24-25

a la historia sin pena ni gloria. Tampoco son todos exactamente de la juventud literaria. Dentro de la inevitable serie de desniveles, hay por ambos lados del Atlántico sorprendentes omisiones de buenos poetas que hubieran sido dignos de ser incluidos, mientras que la presencia de otros agrega muy poco al conjunto. Tal vez ese defecto en lo que respecta a los hispanoamericanos se debe a una falta de información durante la primera década del siglo, porque sin duda tardaban mucho en circular libros publicados en América. Todo lector recordará cómo Villaespesa mantenía estrechas relaciones epistolares con los hispanoamericanos, según el recuerdo de Juan Ramón, a quien solía prestar libros y revistas. En seguida la ausencia de dos destacados poetas españoles llama la atención: la de Unamuno, quien satiriza despiadadamente la colección como se ha visto ya, y Valle-Inclán. Sus primeros libros de versos (*Poesías, Aromas de leyenda*) se publicaron en el mismo año de 1907.

No acierto a descubrir un orden interior que pudiera en algunos casos aclarar el motivo que determina el sitio ocupado por los diferentes poetas. El orden no es cronológico ni alfabético. No puedo yo tampoco puntualizar núcleos o agrupaciones de poetas que comparten los mismos ideales estéticos o preocupaciones temáticas. Cabe agregar que de esta juventud muchos de los escritores aunque estuvieran una vez en la vanguardia han fenecido ya. Como se dijo antes, el primer poeta de La corte es Juan R. Jiménez (de él se incluyen siete composiciones, dos de Rimas, tres de Arias tristes, dos de Jardines lejanos), a quien sigue en segundo lugar el sonoro poeta peruano Santos Chocano, que colabora con el "Tríptico heroico". de tema indígena, y con otro largo poema de aliento épico, así como el titulado "Pandereta" en que reconoce su deuda con Andalucía. Después de Darío, que ocupa el tercer lugar con cinco poemas de los más sonados ("Era un aire suave", "Sonatina", "Marcha triunfal", "Los cisnes", "Margarita"), vienen Díaz Mirón, Zayas y Medina. Tal vez algunos lectores se sorprenderán por la selección de poemas del maestro nicaragüense. Los tres primeros estaban en los labios de todos en aquel entonces, pero no olvidemos que el año anterior a la aparición de La corte Darío había dado a luz sus Cantos, libro del cual el editor hubiera podido escoger en lugar de "Marcha triunfal" y "Los cisnes" un par de poemas más característicos y más duraderos del Rubén otoñal y grave. Luego las poesías de Machado (Soledades LXII, LXXX, XV, XXXV, XXI, XXIII, XXVIII con variantes) se insertan entre Francisco A. de Icaza (siete poemas) y Eugenio D'Ors (dos poemas); Manuel Machado se intercala después del malagueño González Anaya, quien descuella posteriormente como novelista regional y costumbrista, y antes del castellano Enrique de Mesa. Más adelante se encuentra el famoso "Nocturno" de Silva, y, al poeta colombiano siguen Rueda, Bobadilla (antimodernista) y Martínez Sierra.

No sólo es motivo de extrañeza la ordenación sino también no menos curiosa es la mezcolanza de tendencias literarias, todo lo cual indica cierto apuro en la presentación de los materiales de la antología. En términos generales, no es demasiado atrevido pensar que en muchos poetas de *La corte* dos herencias influyen de alguna manera u otra: las de Bécquer y Darío. El poeta español está muy presente en las breves y delicadas composiciones sentimentales, de arte menor y vaga musicalidad sugestiva. Poesías, pues, de un romanticismo depurado y tardío. La influencia modernista se revela no sólo formalmente en algunas instancias sino también en ciertas vertientes temáticas, a menudo de tipo aristocratizante o exótico (lo versallesco y lo greco-latino, los motivos medievales y las máscaras de la commedia dell'arte). Y en esto tal vez no andaba demasiado lejos de la verdad el malhumorado Cejador.¹⁷

Otros reparos: de los románticos rezagados sorprenden los nombres de Juan de Dios Peza (la obra más conocida del poeta mexicano, Cantos del hogar, se publicó en 1884), del argentino Olegario V. de Andrade, lírico de entonación épica y de un romanticismo resonante, y de Gonzalo Picón Febres, escritor venezolano conocido por su novela sentimental El sargento Felipe (1889). 18 Indudablemente la obra de Díaz Mirón, que fluctúa entre la retórica altisonante, de alegato declamatorio, y las más severas disciplinas parnasianas en su última etapa, es un puente entre los últimos románticos y los primeros modernistas. Las poesías del fogoso mexicano ("Copo de nieve", "Cintas de sol", "A Byron") pertenecen a sus primeros años cuando bajo la influencia de Hugo y Byron creía en la misión de la poesía, aunque "Cintas de sol" aparece en Lascas (1901), único libro reconocido por el poeta. No faltan en La corte los regionalistas españoles: Gabriel y Galán y Vicente Medina, a quien Díez-Canedo llamó patriarca del verso regional, 19 escritores que bien poco tienen que ver con el modernismo. De los premodernistas peninsulares se incluyen composiciones de Ricardo Gil, Manuel Reina y Manuel Paso, ya muertos para 1906 los dos últimos. Del simpático poeta granadino Manuel Paso se recogen unas "Nieblas", las de las lunas amarillas que tanto impresionaron al joven Juan Ramón. Se incluyen tres poemas característicos del injustamente olvidado Enrique de Mesa, dos de inspiración castellana en que se evoca el paisaje y la herencia hidalga, y otro de fuerte erotismo triunfante.

De la primera generación modernista americana se imprime un poema de Julián del Casal ("La agonía de Petronio", quizá no de lo más personal aunque representa bien el parnasianismo del escritor cubano) y el ya mencionado "Nocturno" de Silva. No hay nada de Martí, poco conocido en España sino años más tarde, ni tampoco de Gutiérrez Nájera, graves omisiones que hoy asombran al historiador. También faltan otros poetas hispanoamericanos de gran calidad e importancia: Herrera y Reissig, prácticamente ignorado en su propio país en aquellos tiempos, González

14 INTI N 24-25

Martínez, Tablada, Valencia, Jaimes Freyre y seguramente otros todavía no leídos en la península. Representan el modernismo triunfante, al lado de Darío, poetas como Lugones (el largo poema "Gesta magna" fue recogido al publicar sus Poesías completas muchos años después, y ya habían salido dos de sus libros más característicos Las montañas de oro en 1897 y Los crepúsculos del jardín en 1905), Leopoldo Díaz, Amado Vervo, Darío Herrera, Villaespesa v los hermanos Machado. Otros simpatizantes o poetas de transición, difíciles de ser clasificados, encuentran un sitio en la antología: José Siles, Othón, Icaza, Alcaide de Zafra y por último el fino También tienen cabida diferentes poeta-crítico Enrique Díez-Canedo. tendencias poéticas: la bohemia en la persona del grotesco Pedro Barrantes, poeta macabro y lúgubre, furiosamente anticatólico en sus primeras poesías, que publica Delirium tremens en el mismo año de 1906;20 Alberto Valero Martín, dramaturgo y colaborador de Vidal y Planas, otro de los más célebres tipos de la golfemia; y por supuesto el amigo de ambos Emilio Carrére, el editor, de quien se anticipan cuatro poemas de su más conocido libro El caballero de la muerte (1909). En el mismo contexto la poesía "Nocturno madrileño" de Manuel Machado representa su etapa decadentista culminada en El mal poema (1909); colabora Palomero con un típico poema de tendencia socio-anárquica; y no falta alusión a los vencidos de la guerra que regresan derrotados a su hogar en un poema de Oteyza. Entre paréntesis, no puedo menos de preguntarme si aquel Humberto Rivas que colabora con dos composiciones amorosas es el mismo que en años posteriores militaba en el ultraísmo. Si es así debe de haber sido casi un niño en 1906. Otra ausencia española: Tomás Morales ya instalado en Madrid para aquellas fechas.

El espacio me impide dar una idea cabal del alcance de esta extensa antología, que comprende a tantos poetas diferentes, algunos de máxima calidad como se ha visto y otros apenas recordados hoy. Sin embargo, algo más tiene que decirse acerca de algunos de los colaboradores de La corte. especialmente de los menos conocidos. Se incluyen a dos poetas andaluces, tempranos amigos de Juan Ramón: José Durbán Orozco, oriundo de Almería, contribuye dos buenos sonetos amorosos y el ya mencionado González Anava, recordado también con afecto por Darío en Tierras solares, 21 es autor de dos poemas eróticos inspirados en motivos clásicos. Influido por Rueda y Manuel Reina, González Anaya antes de ser celebrado como novelista cultivaba en su juventud la poesía, en que se fundía un interés por los temas clásicos, de naturaleza erótica, con un pesimismo no muy lejos del naturalismo. Con prólogo de Reina había publicado ya Cantos sin eco (1899) y al año siguiente Medallones (1900). Del murciano Juan Pujol, de quien dijo Darío que era un joven poeta que comienza con los mejores bríos, muy sentimental, muy elegante, muy poeta,22 se recogen tres poemas juveniles. Entre ellos es deliciosa "Pastorela de abanico", de filigrana rococó y la voluptuosidad erótica de "Idilio" delata su filiación modernista. Un fuerte erotismo es poco menos que evidente en Hernández Catá, Bobadilla y algunos más. Agil es la "Letrilla" de Pedro de Répide. v de Ramón Godov, gallego y también uno de los tempranos amigos de Juan Ramón durante su estancia en Madrid, se lee un largo poema narrativo que cuenta una aventura amorosa de tema caballeresco ("En el camino"). Se le recuerda ahora a Godoy más por su obra de dramaturgo, pero se movía en aquel mundillo literario y su nombre aparece a menudo en las memorias de Colaboraba en las revistas del día, inclusive en Arte joven la época. (1901), Helios (1903-1904) y otras muchas de la misma calidad.²³ Me parecen acertadas las selecciones de Enrique de Mesa. Carrére e Icaza. porque en cada caso representan bien la personalidadd del poeta. Menos afortunadas son las que se dedican a Catarineu (1868-1915), fino y abundante poeta además de ser destacado crítico teatral ("Caramanchel"). Son excelentes los serventesios de Zayas inspirados en los cuadros de Velázquez, procedimiento predilecto de algunos modernistas, y merecen señalarse los dos sonetos parnasianos de Leopoldo Díaz, quien era, como J. Pedro Naón, compañero de Darío durante la época porteña. De los epígonos de Bécquer quisiera mencionar por lo menos a Leandro Rivera y Carlos Pérez Ortiz. Françamente modernistas son los dos poemas de Manuel Verdugo, y el siempre interesante Alcaide de Zafra, sevillano por los cuatro costados y algo bohemio, que conoció el Barrio Latino parisiense de fines de siglo, prodiga motivos exotistas en su poema "Bizancio". Alcaide de Zafra era amante de todo lo aristocrático, atraído por los viajes, sensual y hedonista que quería gozar del mundo y sus deleites. Se le recuerda además por haber sido autor, entre otros libros, de Trébol (1899), que lleva tres atrios, uno de Darío, lo que era motivo de una intencionada burla de Clarín. Tampoco son deleznables las colaboraciones de J. Ortiz de Pinedo y Nilo Fabra, otro poeta elogiado por Darío; grata sorpresa me deparó la lectura de una balada alemana "La pálida canción" de que es autor el periodista Luis de Oteyza.

A pesar de su contenido heterogéneo y su presentación improvisada *La corte de los poetas* tiene la importancia de dar cierta tónica de los tiempos, desde el prólogo polémico de Carrére hasta la presencia de algunos poetas totalmente olvidados hoy. Como había visto Darío hacia los mismos años, hubo un activo fermento poético en España: ya habían sido sacudidos los moldes de la rutina y los jóvenes estaban a punto de lanzarse a nuevas aventuras. Para el año de 1906 algunos poetas de calidad habían salido al mundo de las letras con libros ya importantes y, con el transcurrir del tiempo, iba siempre en camino ascendente la poesía peninsular.²⁴

Finalmente, veamos con la debida atención, a modo de paréntesis, los dos artículos de Ortega, en los cuales no nos va a hablar de los poetas individuales de la antología sino de la estética general del conjunto.²⁵ Al

16 INTI N' 24-25

aludir directamente a *La corte* comienza diciendo que su modo de ver las cosas, universales y particulares, es radicalmente opuesto al de los poetas de su tiempo (p. 46), y se queja de la pobreza de intelectualidad en España, tanto peor por ser ésta amanerada (p. 47). En esa poesía de la decadencia los autores se desentienden de lo humano y lo nacional para cuidarse sólo del virtuosismo (Ibid.). Ortega rechaza el preciosismo y la maniobra de artífice, que percibe a su alrededor, porque según él en el plano universal o nacional poco valen los meros primores del taller (pp. 46-47).

En su segundo artículo los reproches son más directos y mucho más fuertes. Ortega se pregunta qué es lo que ofrecen estos poetas para el futuro, y se ocupará esencialmente de sus ideas sobre el arte (los poetas no son responsables de la belleza de sus poesías, pero son responsables de la rectitud de su estética, p. 49), y se acerca a la nueva poesía con una óptica bien negativa. Lo que más le molesta al pensador es que los jóvenes conceden un valor absoluto a la palabra sin preocuparse por el alma universal. Transcribo ahora unas palabras fundamentales del filósofo:

Las palabras son logaritmos de las cosas, imágenes, ideas y sentimientos, y, por lo tanto, sólo pueden emplearse como signos de valores, nunca como valores. La belleza sonora de las palabras es grande a veces; yo me he extasiado muchas veces delante de esos sabios, luminosos, bellos vocablos de los hombres de Grecia, que edificaban sus palabras como sus templos. Pero esta belleza sonora de las palabras no es poética, viene del recuerdo de la música, que nos hace ver en la combinación de una frase una melodía elemental. En resolución, es la musicalidad de las palabras una fuerza de placer estético muy importante en la creación poética, pero nunca es el centro de gravedad de la poesía (p. 49).

Cuando Ortega se pregunta si los nuevos tienen una dea salvadora de la poesía, su conclusión es severa; tampoco los jóvenes ven en el arte una fuerza humana, forjadora de ideales, y, a pesar del dolor nacional, casi todosvagan inocentemente en torno de los poetas de la decadencia actual francesa y con las piedras de sillerla del verbo castellano quieren fingir fuentecillas versallescas, semioscuras meriendas a lo Watteau, lindezas eróticas y derretimientos nerviosos de la vida deshuesada, sonámbula y femenina de París (p. 50). Rechazados los filisteos de la poesía que poco se interesan por las angustias universales de la humanidad, el arte noble reside en las profundas realidades del vivir e, inconscientes de la realidad dolorosa de España, qué han hecho los nuevos poetas: Cantar a Arlequín y a Pierrot, recortar lunitas de cartón sobre un cielo de tul, derretirse ante la perenne sonatina y la tenaz mandolinata; en suma, reimitar lo peor de la tramoya romántica. No han sabido educarse sobre el pesimismo de su época y no alcanza su arte ni aun a ser pesimista (p. 52). Así enjuicia Ortega y Gasset el falso y superficial modernismo de escuela practicado por los segundones y, ¿quién no estaría de acuerdo con el filósofo en esta temprana meditación sobre la naturaleza del arte?

Aguí no termina la cuestión.

En 1907 (febrero y marzo) Rubén Darío publica en Los Lunes del Imparcial el conocido texto "Dilucidaciones" dirigido A los nuevos poetas de las Españas. Estas mismas páginas, la más coherente y lúcida exposición de sus propios propósitos artísticos, pasará a ser como lo sabe todo el mundo el prólogo a El canto errante aparecido hacia finales del mismo año de 1907. Darío afirma que escribe estas páginas a invitación del periódico, en parte al menos por las críticas hechas por ciertos escritores acerca del movimiento que en gran parte él había iniciado. Darío expresa su fe en la poesía, no llamada a desaparecer sino a modificarse y extenderse siempre. Reitera su voluntad de pura belleza, expresando la síntesis de su pensamiento en los siguientes términos:²⁶

No gusto de moldes nuevos ni viejos... Mi verso ha nacido siempre con su cuerpo y su alma, y no le ha aplicado ninguna clase de ortopedia. He, sí, cantado aires antiguos; y he querido ir hacia el porvenir, siempre bajo el divino imperio de la música — música de las ideas, música del verbo.

El poeta genuino — sigue diciendo Darío — tiene un don supremo que es el de la supervisión que debe utilizarse en la meditación ante los problemas de la existencia y los eternos e inmensos misterios de la vida. Nuevamente se refiere a su amor absoluto a la belleza y su abominación de la literatura. Sería muy difícil dudar de la gravedad de sus propósitos de artista consciente y comprometido con valores universales.

A lo que voy es que en la sexta parte de sus "Dilucidaciones" revela su conocimiento directo del texto crítico de Ortega sobre La corte (también colección de los nuevos poetas de las Españas) citando al pie de la letra el fragmento antes transcrito sobre el culto exclusivo de la palabra por la palabra.²⁷ Darío no vacila en manifestar su más completo acuerdo con el joven pensador español, añadiendo: mas la palabra nace juntamente con la idea, o coexiste con la idea, pues no podemos darnos cuenta de la una sin la otra (p. 958). Su recomendación a la juventud: construir y crear (Juntos para el templo; solos para el culto. Juntos para edificar; solos para orar [p. 959]). Darío retoma luego unas ideas que son fundamentales y sin las cuales habría sido menos poeta:

Resumo: la poesía existirá mientras exista el problema de la vida y de la muerte. El don de arte es un don superior que permite entrar en lo desconocido de antes y en lo ignorado de después, en el ambiente del ensueño o de la meditación. Hay una música ideal como hay una música verbal. No hay escuelas; hay poetas. El verdadero artista comprende todas las maneras

18 INTI N: 24-25

y halla la belleza bajo todas las formas. Toda la gloria y toda la eternidad están en nuestra conciencia (p. 960).

No resisto la tentación de preguntarme de nuevo ¿quiénes son los nuevos poetas de las Españas? ¿Son los mismos poetas de La corte, con cuya estética está en desacuerdo Ortega? Tanto Darío como Ortega les dicen que no se contenten con las meras apariencias bellas y que busquen productos eternos sin conceder un valor absoluto a la palabra. Ambos coinciden entonces, el poeta maduro y el joven pensador, ambos orientados en el fondo hacia la humanidad. La semejanza ideológica no tiene vuelta de hoja, y cabe agregar que también hacia 1905 Unamuno y Antonio Machado habían expresado ideas similares sobre el arte, tema que merece consideración si el espacio lo permitiese. El juicio de Ortega sobre la estética de La corte es negativo, pero ciertos poetas se salvan o se salvarán de la condena total. Dentro de este contexto, sólo quisiera recordar que Ortega, al reseñar Campos de Castilla, enuncia palabras iustas sobre Rubén: Todo tiene que morir antes para renacer luego convertido en metáfora y en reverberación sentimental. enseñarnos Rubén Darío, el indio divino, domesticador de palabras, conductor de los corceles rítmicos. Sus versos han sido una escuela de forja poética. Ha llenado diez años de nuestra historia literaria.²⁸

La musa nueva (1908)

Dos años después y como continuación de *La corte de los poetas* se publica otra antología: *La musa nueva* (Zaragoza, 1908).²⁹ El editor del volumen es el poeta-crítico gaditano Eduardo de Ory, quien escribe para su libro un breve prólogo, así como las sucintas notas que acompañan la selección de cada poeta. El compilador ha optado por un orden estrictamente alfabético e incluye en su obra un total de noventa y cinco poetas, cada uno representado por una sola composición.

Detengámonos un momento en el prólogo (pp. xi-xiv). En él se mantiene con fervor el prestigio de la poesía nacional a cuya vanguardia figura Salvador Rueda. El renacer primaveral de la lírica española comprueba su lozanía y vigor (p. xii), según el prologuista, quien pasa enseguida a referirse a la antología editada por Carrère (gran artista del ritmo sutil, Ibid.), aclamada en la prensa y considera indiscutible su éxito. Sin embargo, a pesar del valor de La corte algo faltaba. Precisamente no se incluye en ella un significativo y meritorio núcleo de poetas no de la corte sino de la provincia. En virtud de esa injusta omisión que piensa subsanar el editor, se ha decidido a completar la visión panorámica de la poesía de la primera década del siglo publicando La musa nueva. Le ha dolido que

aquellos poetas, humildes y poco conocidos, hayan permanecido ocultos en su provincia y, en los siguientes términos entusiastas expresa su orgullo al presentar al público la obra de esa juventud talentosa:

esa legión de adoradores del Ensueño, de la Belleza, del Ideal: del arte nuevo, vibrante, sugestivo, deslumbrador; ese núcleo de luchadores que riman la Naturaleza y que elevan — diluidos en las deliciosas melodías del moderno ritmo — todas las sensaciones del alma, todos los sentimientos que pasan y dejan huellas: alegrías y tristezas, decepciones y esperanzas... (p. xiii).

Destaca el editor en los poetas su sinceridad y su rebeldía; alejados de la preceptiva han conseguido una libertad formal, así como una mayor espontaneidad en la expresión de sus sentimientos. No sólo advierte Ory un progreso en el desarrollo de la poesía española, sino también insiste en que esa falta de reglas permite una nueva naturalidad y el fin del amaneramiento artístico. Por tanto, La musa nueva abre la serie de antologías que tienden, algunas más y otras menos, a constituir una reacción tácita ante un exagerado e inútil modernismo exotista, optando por una poesía más cerca de la vida que del arte. Se efectúa, pues, frente a la literarización del mundo una democratización temática.

Antes de proseguir convendría decir algo del escritor gaditano Eduardo de Ory, nacido en 1884 y entusiasta fervoroso de Rubén Darío, a quien solicitaba con urgencia colaboración para la revista que editaba en Zaragoza, cuyo título de *Azul* (1907-1908), era evidente homenaje al admirado maestro americano. En sus páginas aparece la prosa "El águila" (1/IX/1907), tomada de una revista ecuatoriana, y el director se permite el lujo de incluir a Darío entre los principales colaboradores de la revista.³⁰

A través de las cartas recogidas por Dictino Alvarez pueden rastrearse otros detalles de las relaciones entre los dos poetas.31 Ory no escatima sus elogios hiperbólicos del insigne escritor (¡Bienvenido el mago de los versos de oro, el verdadero orfebre del ritmo, nuestro Maestro excelso! [p. 102]), a quien intentó ver cuando en su último viaje, a bordo del Vicente López, regresaba a Nueva York. Darío, postrado y enfermo, sufría de alucinaciones y no pudo recibir a su admirador en aquel momento de la escala del barco en Cádiz (1914). Mucho antes, en 1905, había enviado a Darío un ejemplar de Aires de Andalucía, y proyectaba un estudio de su vida y obra para el cual solicitaba libros y datos (p. 95). Un poco después, en 1907, remitió al poeta su último libro de versos (El pájaro azul), y pide prólogo para otro en preparación titulado Mariposa de oro, al mismo tiempo que promete enviarle La princesa canta (1907), a punto de salir en aquel momento. En la misma época Ory, poeta fecundo, publicaba otros títulos en rápida sucesión: Bouquet de azucenas: baraja de sonetos (1908), con prólogo de Rueda; Alma de luz (1909); Lo que dicen las campanas (1909);

20 INTI N: 24-25

Mármoles líricos (1910); Caravana de ensueños (1911); Cascabeles de plata (1923), y seguramente otros libros que no conozco. El escritor gaditano también tiene extensa obra de antólogo publicando con el tiempo colecciones de la poesía mexicana, argentina, colombiana y costarricense. No menos voluminosa es su obra de crítico literario. Su libro sobre Darío se publica en 1917 y cuenta con una segunda edición al año siguiente. Además publica otros libros sobre Manuel Reina, Gómez Carrillo y Amado Nervo. Colabora en la conocida encuesta sobre el modernismo organizada por Gómez Carrillo en El Nuevo Mercurio. Las breves palabras de Ory se hallan en el número 4 de la revista (abril de 1907, pp. 406-407), y en ellas afirma que el modernismo está aún en el primer período de su desarrollo, lo que dificulta una definición acertada, aunque es desde luego una renovación de los antiguos moldes. Finaliza Ory diciendo que con el tiempo se perfeccionará y cuando pase dejará siempre, como en el caso del romanticismo, sus huellas así como partidarios del nuevo arte. Vale la pena notar que destaca el papel de Gómez Carrillo y Valle-Inclán en la creación de una nueva prosa (lírica, fragante, llena de colores y de perfumes, la prosa, en fin, flexible a todas las sensaciones [p. 406]). Pero es Darío, en el verso, quien nos ha traído esa vaga poesía extraña y atravente, de ritmos raros y maravillosos (Ibid.), y pasa a citar a Verlaine, Baudelaire y Mallarmé para señalar el papel importante que tuvo Francia en la poesía Sus modernistas preferidos — sigue diciendo — son los modernista. americanos por ser más apasionados y más abiertos a las sensaciones. Un último título de libro merece mencionarse: Rarezas literarias: de composiciones curiosas y extravagantes de autores antiguos y modernos (Cádiz, 1939).32

En La musa nueva se incluye una larga composición del editor titulada "Mi musa", en que el poeta cuenta cómo un día se deslumbró ante la radiante soberana de la ciudad del Ensueño, un lugar de dicha y armonía, y esta Musa de la fantasía ha sido siempre su numen poético. Leamos los versos finales del poema en que se refiere a la Reina que le ha llevado al país fabuloso del Ensueño:

La que evocara en mi loco delirio, la que ciñera mi frente de flores; ila que tocara en ventura el martirio de mis punzantes y eternos dolores! Esa es la Musa que el Dios poderoso puso en mi senda mañana radiosa: la que me inspira mi canto amoroso... ¡mi hada, mi reina, mi amante, mi diosa!

Pasando ahora al contenido de La musa nueva y a los poetas principales que la componen, se nota enseguida la evidente ausencia de los autores

consagrados del día aunque ahora se incluye de Valle-Inclán un poema de *Aromas de leyenda* ("Flor de la tarde").³³ Entre los poetas de segundo orden, sin embargo, hay algunos nombres que merecen ser recordados aquí, nombres en efecto que reaparecerán con regularidad en casi todas las antologías de la época: Narciso Alonso Cortés, Concha Espina, Fernando Fortún, Andrés González Blanco, Tomás Morales, Arturo Reyes, Mariano M. de Val, Zozaya y el poeta-pintor Angel Zárraga.³⁴ Vale la pena consignar aquí que ninguno fue representado en *La corte*. Sin embargo, según las notas escuetas, muchos de ellos habían sido laureados en certámenes y Juegos Florales; el editor con bastante fe y optimismo ha incorporado también a su antología a varios jóvenes que no habían publicado aún su primer libro de versos.

A pesar de lo precaria de toda generalización de esta índole, me parece que en el fondo un romanticismo rezagado constituye la nota más evidente en la poesía de *La musa nueva*. Un tono triste, de soledad y pena íntima, se descubre de manera insistente en las poesías de Manuel Abril, Fernández Lasso, Fernández Vaamonde, Varo, Zozaya, Sherif, Carmen Nevada, Basol y seguramente muchos otros. Frecuentes son las tardes grises y otoñales, en que se lloran amores pasados y esperanzas deshechas, pero de fina y delicada emoción amorosa es "La flor del romero" por Alfaro Malumbres, poema que es todo lo contrario del sentencioso himno "Eros" laureado en algún certamen y escrito por Pedro Riaño de la Iglesia. En ese mismo contexto, vale la pena recordar un "Cuento de hadas", la triste historia de un trovador y una princesa narrada en dos tiempos, cuyo autor es Mariano Berdejo. También con hermosa visión sideral se inicia un poema nocturno del poeta cordobés Guillermo Belmonte Muller, de amplia y variada obra, así como traductor de De Musset con quien revela innegable parentesco:

Brilla el cielo sin nubes: las pálidas
y rubias estrellas
en su alcázar divino se ocultan
y en lechos azules sus párpados cierran:
una aurora de raso y de nácar
sus rayos despliega,
y cual virgen vestida de blanco
que de un túmulo abierto saliera,
parece la luna
salir del oscuro confín de la tierra. ("Noche de luna")

Han desaparecido los motivos normalmente asociados con el modernismo de escuela con una sola excepción: la nota parisiense de "Pierrette" por Luis Armando. Sin embargo, en ese momento de transición hay desde luego renovado interés por los temas inocentes del hogar, a menudo presentados con un sentimentalismo empalagoso. Varios poetas de *La musa nueva*

22 INTI N 24-25

cultivan la modalidad hogareña, entre ellos Fernández y González, Julio Hoyos, Isaac Martín Granizo, Ram de Víu, María del Pilar Contreras, y no faltan los motivos infantiles en otros poemas (Rodao, Cazaban). Por su parte el excelente poeta Tomás Morales actualiza y recrea con evidente emoción los juegos de niños en los dos fragmentos de "Las rimas sentimentales".

Un rápido recorrido revela otros temas: la modalidad regionalista (García Soriano, Sánchez Rodríguez, José María de la Torre), y varios autores se inspiran más directamente en la descripción del campo (Antón, Reves. Sabino Ruiz). Entre esos poemas se destaca a mi modo de ver "Página de oro" por Manuel Lassa y Nuño. El robusto poema histórico del escritor castellano Narciso Alonso Cortés (a quien años después recordará Antonio Machado en un elogio de Campos de Castilla) titulado "Tierra mater" es un exaltado canto patriótico, que concluve con unos versos optimistas sobre el futuro nacional. Un poema muy conocido en la época e incluido frecuentemente en las antologías es el soneto de Enrique López Alarcón titulado "Soy español", que se publicó en Constelaciones (Málaga. 1916, pp. 17-18). Menciono el dato porque la primera parte del libro citado se dedica Al divino poeta Rubén Darlo, y otras dedicatorias (Santos Chocano, Manuel Machado, Zayas, Baroja, Zamacois, Valle-Inclán) indican las amistades y admiraciones del joven autor. Otros poetas describen con lujo de detalle las bellezas sensoriales de Andalucía (Pablo Cavestany, Ricardo León), y José Sancho Adellac contribuye una composición, "La mágica tierra", que a su vez evoca todo lo más típico de la región sureña. Tampoco falta el soneto a Sevilla (Santiago Montoto); un vibrante "Himno a la luz" de Miguel de San Román también se incluye; más sobria es la descripción de la ciudad de Salamanca bajo la luz de la luna en "El poema de la piedra" por Luis Romano.

Para terminar, otras notas sueltas merecen advertirse: Francisco Cossío, con evidente realismo poético evoca la carreta de los tristes y decepcionados comediantes que recorren sin esperanza la llanura castellana ("El carro de Téspis") y, por su parte, Juan A. Melia describe también los desfortunios de los titiriteros que de igual modo van de pueblo en pueblo ("La tristeza de los payasos"). No puede faltar ahora brevísima mención del hiperbólico canto al trabajo, que da alegría y salud a la humanidad según Alberto Casañal. Dos poesías son de tema bohemio. De Gonzalo Molina, autor de Rimas bohemias, libro que desconozco, se incluye un poema que termina con estos versos: ¡Triste canción del amor vencido / en los brazos del vicio y del alcohol...! De mayor extensión es la composición "Almas que cantan" de Alberto Marín, joven discípulo de Carrére y sus epígonos. Aquí se trata de una semblanza del bohemio, sus sentimientos y sus ideales, mientras contempla el humo de su pipa o se pasea ocioso por los bulevares de la ciudad. Dentro de la solemne seriedad característica de La musa

ALLEN W. PHILLIPS 23

nueva momentáneamente asoma el humor festivo en "El idioma universal" de Enrique de la Vega, una nota que no sorprende en virtud de los antecedentes del escritor. De profunda religiosidad son los poemas de Concha Espina y Pedro Gobernado.

Por último, me gustaría llamar la atención sobre tres poemas más. Primero, en una breve v delicada poesía, repetida en otras antologías de la época, Rafael Lasso de la Vega ofrece al lector una fugaz visión de un trasmundo en que se realiza un fantástico e idealizado encuentro amoroso ("Evocación"). De Andrés González Blanco se recoge un poema, no de provincia, titulado "Horas de ausencia", en que se exterioriza una especie de fragmentación espiritual y un hastío típico del pesimismo contemporáneo: Mi alma es un vacío hueco y frío; / una boca que exhala un gran bostezo... / Y en vano lloro, gimo, canto y rezo... / ¡Sólo me cerca un inmortal hastío! El muy querido amigo de Darío, a quien favoreció de mil maneras, Mariano M. de Val, se representa con las tres partes (Ayer, hoy v mañana) de su autorretrato publicado originalmente en El Liberal. Del admirable Mariano de Val, siempre fiel a la poesía y a los poetas, hay que recordar que era Secretario del Ateneo de Madrid, director de su revista v a la sazón autor de un tomo de versos Edad dorada. El sentido poema en cuestión se acogerá también en otras antologías de aquellos tiempos.

Parnaso español contemporáneo

Pasamos ahora a decir algo en términos generales acerca de la extensa antología de José Brissa titulada *Parnaso español contemporáneo*, poco consultada hoy y probablemente olvidada aun por muchos lectores de la poesía nacional. Sin embargo, la obra tiene un decidido mérito: el de recoger poemas de muchos autores y de esta manera se perciben en su conjunto corrientes poéticas tal vez oscurecidas por los indiscutibles logros de los mejores poetas de la época. El antologo ha optado por un orden estrictamente alfabético al presentar a los ciento noventa y cinco poetas incluidos en un volumen de más de quinientas páginas. Es lástima que no haya ni un solo dato bibliográfico en todo el libro, salvo esporádica indicación de una fecha al pie de algún poema, seguramente puesta por la mano del autor. El lector hubiera tenido interés por lo menos en saber el libro al que pertenecían las composiciones seleccionadas.³⁵

El número muy elevado de poetas tiene la desventaja de prodigar desniveles de los cuales hay evidentemente muchos, pero por otra parte ese mismo hecho asegura una máxima variedad de temas y tonos. El libro se abre con unas breves palabras a modo de prólogo (pp. 5-7), sin intenciones críticas de ninguna clase. Afirmada la escasez de colecciones de la poesía nacional y convencido del florecimiento de la lírica española, el benévolo

24 INTI Nº 24-25

antólogo explica las razones por las cuales ha abierto las puertas de su antología a un grupo tan numeroso de poetas. Se mencionan también en breve nómina los nombres de trece escritores fallecidos desde la preparación del texto, y concluye las páginas introductorias un fervoroso elogio de la perseverancia y la belleza de la poesía, capaz de elevar los corazones a las puras regiones del ideal; sobre las miserias y penas de la vida (p. 7).

Con la excepción de Darío, cuya ausencia sin duda puede explicarse por su nacionalidad (sin embargo, se incluye al poeta-pintor mexicano Angel Zárraga), están presentes en el libro todos los consagrados (los Machado, Juan Ramón, Unamuno, Valle-Inclán, Marquina, Villaespesa), y no faltan otros poetas de reconocido talento (Mesa, Zayas, Canedo, Rueda, Morales, Carrére), figuras familiares a todo lector de la poesía moderna. Aunque quisiera evitar un pesado catálogo de meros nombres, no estaría mal mencionar a otros poetas, de segunda fila aunque no totalmente olvidados hoy: Palomero, Reina, Alcaide de Zafra, Nilo Fabra, González Blanco, Fortún, Cantarineu. También varios autores se destacan más en otros géneros: Ramírez Angel, Pedro de Répide, Ricardo León, Hernández Catá, Dicenta y Benavente. A los nombres citados sigue toda una legión de poetas de quienes apenas quedan huellas hoy.

En su conjunto el volumen representa un paso de transición o tal vez mejor sería decir una reacción contra algunos de los más brillantes y cultos aspectos del modernismo. Por ejemplo, de Llovet quisiera transcribir unos versos de "Canto de raza", poesía en que se hacen explícitas sus preferencias poéticas y, por extensión, las de una buena porción de los que forman este florilegio:

La Vida me reclama y yo voy a la Vida, todo sinceridad y todo juventud, firme y seguro el paso y la cabeza erguida, flotantes los cabellos y a la espalda el laúd.

Mi musa es española. Mi musa no remeda a esas otras de flébiles vocecillas de plata.

Me molestan los poetas que tejen madrigales a princesas tísicas y a manos de marfil. ¡Para esas almas ruines, enfermas y sexuales, yo tengo mi magnífico desprecio varonil!

No es que los poetas nieguen totalmente su herencia más inmediata, pero se trata al menos de un modernismo refrenado y tamizado por otras preocupaciones vitales. Los autores del *Parnaso* rompen visiblemente con ciertas normas del modernismo. Están prácticamente eliminados los

exotismos, tanto geográficos como culturales, así como los decadentismos satánicos. No es óbice para que de Pedro de Répide se transcriba un poema "A Baudelaire", y otros poetas (Capella, Narro, Alcaide de Zafra, Camacho Beneytez) cultivan la más franca sensualidad erótica. De Joaquín Dicenta, por ejemplo, los versos de "Amor" y los siguientes de "Lujuria" expresan sin ambages los arrebatos de la pasión carnal:

Cuando, más que ceñir, romper intento tu cuerpo hermoso que mi cuerpo toca, y recojo con besos de mi boca las abrasadas ondas de tu aljento;

cuando murmuras, con nervioso acento, una frase de amor, que amor provoca, y a mí te estrechas delirante, loca, todo mi ser estremecido siento.

La visión de la vida es menos artística y embellecida; poco papel tiene el libre juego de los sentidos malsanos; y mucho más directa es la mirada poética en la expresión de los temas. Por otra parte, además de los casos en que Manuel Machado se inspira en cuadros de arte, hay otros (Maldonado, Solís) que siguen la misma pauta típica del modernismo. Sin embargo, no me parece exagerado decir que los poetas demuestran un franco apego a los asuntos más cotidianos y familiares, de tipo hogareño, sin desdeñar la narración en verso de la anécdota amorosa. Los recuerdos de la infancia y la niñez (Díez-Canedo, Nilo Fabra), así como otros motivos infantiles, son frecuentes en varios autores. Ciertos poemas evocan la paz aldeana y las sanas costumbres pueblerinas, con un marcado sentimiento nostálgico por un pasado ya perdido. Gabriel y Galán, Vicente Medina y algunos más representan en tema y lenguaje la poesía regionalista. descripción de escenas y ambientes campestres se halla en la poesía de Eusebio Blanco, Camino Nessí, Casanova, Montero, Ruiz Martínez, Altadilla y, en la modalidad provinciana, se destacan dos poetas conocidos. malogrado Fernando Fortún, muerto a los veinticuatro años y colaborador de Díez-Canedo en la famosa antología de poesía francesa, se incluye la larga composición "En tierra vasca", y de González Blanco transcribo algunos versos característicos de esta modalidad:

> Este aire triste y suave del piano me ha impregnado tanto de lánguida emoción, haciéndome evocar aquel verano en que te amé; y aquella población...

> > Escuchando esta pieza ha vuelto a mí

26 INTI Nº 24-25

toda la antigua e inmortal pasión... Aquel paseo en que te conocí, aquella noche de iluminación...

En cambio, algunos poetas de la antología cultivan temas de la ciudad. De Carrère, cuya abundante obra solía inspirarse en las calles y los cafés de Madrid, se incluyen varias composiciones que revelan sobre todo su acostumbrada preocupación por la muerte ("Las manos de Elena"), así como por el detalle macabro o pestilente. El poema "Cortejo" es característico: bajo la luz de la luna se lleva la carne miserable y sensual de las desafortunadas; Lumias trágicas, ruines / de hermosas peregrinas / roídas por la laceria / -- anemia, vicio, canción / carcelaria --, floración / hórrida de la miseria. / Hoscas vidas, corazones / sin sol, mendigos v hampones. / Han pasado como un / fatídico sueño, y ya / van caminando hacia la / fosa común. En otra composición truculenta, "La taberna del arrabal", Juan Pujol habla de asesinos y prostitutas, de hampones y crímenes en un ambiente ya bastante alejado de todo lo eglógico, y Sinesio Delgado rememora a los habitantes humildes y oscuros de la capital. En efecto, constituyen cierta novedad el gran número de poemas inspirados directamente en temas sociales. Por lo general se trata de cantos de protesta contra las injusticias de una sociedad indiferente ante el dolor y sufrimiento de los pobres. En esta modalidad se destacan las voces de Estévanez, Maya, Torromé y Elías Miguel, quienes en su denuncia de los males sociales piden la redención de los indefensos y sobre todo la solidaridad humana. Más personal guizá es el grito pesimista de Maximiliano M. Monge, que exterioriza su propia persecución en versos inflamados y de tono nihilista.

Aún otros autores del Parnaso se empeñan en una temática netamente nacional, a veces histórica (Montaner) o patriótica (Blanco Belmonte, Rodao). Pero los poetas parecen preferir evocar lugares y ambientes típicos. Adolfo Aponte, por ejemplo, se imagina los lances de las románticas y solitarias callejas de Toledo; Gloria de la Prada recuerda las viejas iglesias cuyos santos tienen alma y las estatuas yacentes corazón; otros cantan el sortilegio andaluz (Vázguez de Solá, Valverde, Ruiz López) y de modo especial el alma de Sevilla (Fernández Shaw, García Rufino); tampoco se olvidan de las bellezas y el encanto de Galicia (Carlos Miranda, Luis González Cando), así como la bella composición "Paisaje gallego" de Lasso de la Vega. Como es su hábito, Enrique de Mesa describe la naturaleza castellana y la vida de la sierra. No falta aguí el conocido poema "Voz del agua", uno de los grandes aciertos del escritor. Otros poetas estilizan la tradición galante de las coplas trovadorescas, muy siglo XV (Cristóbal de Castro, Fernández de la Fuente), y se ve el acento arcaico en Diego San José. Aunque el tono de las poesías recogidas por José Brissa es

ALLEN W. PHILLIPS 27

tremendamente serio y hasta sentencioso en el caso de Sandoval, Ardavín y seguramente otros, no se podía eliminar por completo la nota humorista o levemente irónica como atestiguan los poemas de Enrique de la Vega, Rafael de Haro, Palomero y, por su parte, Luis de Tapia satiriza al nuevo don Juan urbano, tan distinto del modelo histórico, tanto en el lenguaje como en la indumentaria. Ahora es, pues, un tipo achulado y grosero dado a los chismes pornográficos.

Poetas españoles del siglo XX

Unos seis o siete años después de la publicación de la antología de José Brissa aparece, en 1922, un volumen editado por Ramón Segura de la Garmilla con el título de *Poetas españoles del siglo XX* (Madrid, Librería Fernando Fe). En esta colección, menos extensa y más selectiva, figuran ciento dieciséis poetas, colocados en orden alfabético y representados con un solo poema o con dos a lo sumo. Me parece un texto menos importante desde un punto de vista estético e histórico. Sin embargo, se observa una novedad inmediatamente: para cada autor se incluye una presentación biobibliográfica, siempre útil a pesar de la brevedad de los comentarios. En ningún caso se indica la fuente de las poesías seleccionadas, lo que es de lamentar, pero el editor suele señalar, en sus notas, títulos de libros publicados, fecha y lugar de nacimiento del autor, así como otros datos referidos a su vida literaria.

En la antología apenas hay recuerdos temáticos del modernismo, movimiento por lo visto ya pasado casi totalmente de moda en la década de los veinte, pero tampoco se acogen a los poetas más jóvenes que se iniciaban hacia aquellos años. No obstante, de Mauricio Barcarisse y Moreno Villa, un poco mayores que los del 27, se incluyen dos tempranas composiciones. En el colorido sensual de "Joya", poesía de Alcaide de Zafra, se perciben todayía unas huellas del modernismo y se incorpora un fragmento de la "Epístola a Darío" de Gabriel Alomar. Me atrevo a pensar también que hasta cierto punto tienden a desaparecer poemas meramente descriptivos de la naturaleza y la vida rural. Sin embargo, González Blanco no abandona la poesía provinciana ("Estación de provincia"); José Rincón expresa su orgullo de ser labriego nacido en Castilla y ser cantor de temas vulgares del terruño ("Soy labrador"). Por último, aparece en el florilegio la hermosa poesía "Campos de Soria" de Antonio Machado, versos que distan mucho de ser poesía descriptiva en el sentido más común de la palabra.

Los poetas seleccionados por Segura de la Garmilla dan todavía una gran importancia a los temas bélicos y nacionales, como notamos al comentar la obra anterior de Brissa. De manera constante se busca la renovada

28 INTI N 24-25

grandeza de España, exaltando las glorias históricas de Castilla. Entre los poetas de tipo patriótico descuellan Fernández Shaw, López Martín, López Montero, Montaner, y Blanco Belmonte afirma su deseo de estrechar la patria contra su pecho en el momento de morir (¡¹) Y en el conocido poema "¡Oh, dulces prendas!" de Narciso Alonso Cortés se recordará que el viejo y pobre soldado contempla emocionadamente su espada y al mismo tiempo sueña con una edad gloriosa ya pasada. Por lo demás, con intencionada dedicatoria a Menéndez Pidal, Manuel Sandoval se refiere a cómo los cantares épicos (versos) se convirtieron en crónicas (prosa), sin que fuera posible borrar las huellas de los viejos e ingenuos ritmos ("Verso y prosa"). 36

En el modesto prólogo (pp. 7-11) el editor comienza diciendo que su antología se publica por motivos didácticos, porque quiere que sea de utilidad para los estudiantes de la literatura española. Después agrega que ese propósito no es exclusivo, porque su obra se dirige a todos los lectores que aspiran a gozar el más puro deleite intelectual (p. 9). Cree en el valor de la lírica contemporánea que debiera estudiarse, sin descuidar la clásica, porque nunca alcanzó la lengua castellana la riqueza y flexibilidad que en el momento actual (p. 8). Además desea que su libro sea una obra complementaria de la de Valera aunque se limita la selección a los poetas que han escrito sus versos en el siglo XX.37

Para concluir el comentario necesariamente breve de la antología de Segura de la Garmilla, quisiera referirme de modo directo a algunas poesías del libro. En "La vuelta de los vencidos" Luis de Oteyza describe el triste y nada heroico regreso de los soldados abatidos y temerosos a sus pueblos. mientras que otros autores cultivan temas más populares (Cascañal Shakery, Ricardo León, Enrique de Mesa). No se eliminan muestras de los cantares de Narciso Díaz de Escobar; de tipo picaresco son los versos de "El juglar mercenario" (Luis de Castro), que va de feria en feria en busca de nuevos lances; y, entre las relativamente pocas poesías de entonación religiosa (las de Aponte, Balbontín, Esteban Gómez) quisiera señalar de Enrique Menéndez Pelayo su sentida "Invocación a Fray Luis", composición escrita en la forma predilecta del poeta salmantino, así como "La catedral de Barcelona" de Miguel de Unamuno. De Félix Cuquerella merece mencionarse el grácil relato de un idilio amoroso en que el poeta invita a una hechicera niña a acompañarle al campo embellecido, donde le cantará mágicos versos nunca oídos y vivirán dichas ignoradas ("Versos del estío"). Son numerosas las composiciones elegíacas (se incluye por ejemplo el célebre poema de Gabriel y Galán "El ama", en que se llora la pérdida de su mujer, espejo de la madre), y el tema infantil, de padre e hijo, caracteriza los poemas de Zurita, Catarineu, Unamuno ("El coco caballero"), y una profunda dulzura e infinito amor se manifiesta claramente en la poesía "Con el hijo en los brazos" de Díez-Canedo. De tono festivo e ingenioso es la ALLEN W. PHILLIPS 29

colaboración de Carlos Luis de Cuenca y esta poesía supone una marcada diferencia con la seriedad sentenciosa de Linares Becerra ("Caridad"). Al grupo de poetas regionalistas se añade ahora el nombre de Luis Chamizo Trigueros. La composición "Resignación" de Luis Brun ya mencionada es un autorretrato del autor y así también es "Yo" de Ezequiel Endériz, escritor dedicado al periodismo y la política radical. De este poema que traza los altibajos de su accidentada vida copio una de las estrofas finales: Canto en mis poesías todos los placeres, / y al cantarlos, vivo toda la ilusión, / y por eso he tenido más de mil mujeres / en el harén rojo de mi corazón. Por último, vale la pena observar que la antología se enriquece con la inclusión de la "Epístola a Azorín" (1906) de Pérez de Ayala, texto de tono conversado en que se evoca con nostalgia la humilde y serena vida de provincia en la vieja ciudad de Vetusta, donde reina la paz y donde poco o nada pasa.

Los mejores poetas contemporáneos

El florilegio Los mejores poetas contemporáneos, título que recuerda otras antologías de antes y después, fue editado por Pedro Crespo³⁸ y tiene un breve prólogo (pp. 5-7) revelador de las preferencias y premisas del antologo. Hechas las normales disculpas por su humilde esfuerzo. Crespo incluve en su presentación un par de indicaciones que necesitan ser tenidas muy en cuenta para enjuiciar su colección. Refiriéndose a la lírica en general, escribe textualmente: La producción de la mayoría de nuestros poetas de hoy, entre otros múltiples méritos, como son los de revestir la poesía más pulcra y elegantemente que nunca, cuenta con el importantísimo de ser esencialmente española (p. 6). E insiste Crespo en que ya han pasado los tiempo de penuria, durante los cuales los poetas españoles escribieron versos franceses, olvidando la gloriosa tradición autóctona. Al parecer del editor se resucita entre los escritores modernos un pasado poético nacional, remozando hoy los innegables valores de la vieja poesía No vacila en exaltar la actual calidad artística y la defiende contra la crítica injustificada de decadencia. No puedo menos de transcribir el último párrafo del prólogo, porque de nuevo insiste en las claves de sus propios gustos estéticos:

Aunque en las páginas de esta obra hallará el lector vestigios (muy pocos son ya los que restan) del *modernismo* de estos últimos años, piense en que son los postreros malandrines de una falsa escuela poética que, por la de nuestro verdadero *Don Quijote*, el *Romancero*, vanse ya tambaleando y habrán de caer del todo, sin duda alguna (p. 7).

30 INTI N 24-25

En virtud de lo anterior hay que recalcar dos cosas: el carácter nacionalista del criterio de Crespo, así como el evidente desafío a un modernismo, en efecto moribundo ya. Lo que más rechaza el antologo es por lo visto un modernismo afrancesado, que no se casa bien con los modos tradicionalistas de la lírica española. Se impone, pues, un fuerte acento nacionalista en la selección de poemas que forman el libro, dando mucho espacio a la poesía histórica y, de modo especial, para aquélla que expresara una nostalgia por un pasado más glorioso y un amor a una tierra abstracta. Por ejemplo, la antología se abre con tres composiciones del poeta castellano ya citado, Narciso Alonso Cortés, cuyos títulos en cierto sentido preparan la tónica de la obra. Son elocuentes: "Tierra mater", "El soneto clásico", y "¡Oh, dulces prendas...!", poesía esta última predilecta de los antólogos. La nota clásica, o a lo mejor neoclásica, persiste en los versos de Juan José Llovet, de los cuales reproduzco como botón de muestra algunas estrofas características:

Ser clásico en lo nuevo. He aquí mi ambición. Hacer un campanario del propio corazón y que en las oquedades de los bronces de hogaño aniden los gloriosos alcotanes de antaño.

Loar en la armonía de mis alejandrinos la hidalga fe de aquellos devotos peregrinos, que iban a Tierra Santa a pedir al Señor el perdón generoso de un pecado de amor;

y bordar en el clásico bastidor de una reja un madrigal, rimado a la manera vieja, en que llame a mi dama doña lnés, doña Sol, u otro nombre cualquier de abolengo español.

En el libro de Crespo figuran, en orden alfabético, sesenta y seis poetas, representados algunos con una sola poesía y ninguno con más de tres. En la mayoría de los casos se indica el año y el lugar de nacimiento del autor, así como algunos títulos de libros publicados. En una última advertencia Crespo explica que quedan eliminados los poetas festivos (el poema de Antonio Palomero no tiene nada de humorista); de ciertos autores que han producido poco en verso se incluye un solo trabajo; y confirma que para dar variedad a su obra ha añadido a otros poetas, quizá no de los mejores, pero que se han distinguido entre las generaciones más jóvenes.

Veamos brevemente la composición de la antología sin perder de vista la orientación historicista de los textos. Todos los poetas más prestigiosos están, desde los Machado, Juan Ramón Jiménez, Unamuno, Pérez de Ayala hasta Villaespesa, Marquina, Rueda, etc.. En el caso de Antonio Machado se

escogen textos de Campos de Castilla ("Retrato", "Las moscas" y "Hombres de España", cuyo título definitivo es "Del pasado efímero"); de Unamuno se incluye "A un cementerio de lugar castellano", y de Valle-Inclán, junto con "Flor de la tarde", poesía favorecida en las antologías, se reproducen algunos fragmentos de Voces de gesta; y, naturalmente, representan a Manuel Machado "Adelfos", "Castilla" y "Cantares".

Creo que los demás poetas de segunda fila podrían dividirse en dos grupos según sus realizaciones. En el primero, compuesto de escritores de reconocida calidad, se destacan Morales, Canedo, Dicenta, Enrique de Mesa v algunos más (Ortiz de Pinedo, Llovet, Ardavín), y en el segundo figuran los poetas apenas recordados hoy: Platero, Rey Soto, Verdugo, Ilera Medina y media docena más de talento dispar. Como siempre, otros autores se distinguieron en diferentes géneros (Benavente, Echegaray, Gov de Silva, Pedro de Répide, González Anava, González Olmedilla), y otros se entregaron casi por completo al periodismo en sus varias formas (Oteyza, Zozava). Dos mujeres están presentes: Sofía Casanova, a menudo en las colecciones poéticas del día, y la Condesa de Castellá. Vicente Medina representa, desde luego, la poesía regionalista (no se reproduce "Cansera" sino otras dos composiciones) y se transcriben, como es costumbre, muestras de los cantares populares del malagueño Díaz de Escobar. lector familiarizado con las antologías de aquellos tiempos no se sorprenderá por las frecuentes repeticiones de textos, entre ellos poesías archiconocidas de López Alarcón, Carrére, Luis de Brun, Enrique de Mesa, y solamente el espacio impide copiar algunas estrofas del acertado autorretrato de Pedro de Répide: figura y ánima.

Como se dijo ya, quedan prácticamente eliminados los temas y motivos asociados con el modernismo a pesar de la presencia de Carrère, Villaespesa y otros poetas en sus comienzos abanderados del movimiento renovador. Sin embargo, González Anaya contribuye un poema típico, "La veiez de Lais", que evoca con nostalgia la sensualidad hedonista de la hetaira que sueña inútilmente con su juventud, y por su parte González Olmedilla describe la voluptuosidad pagana representada por la cortesana Tais convertida por fin al cristianismo ("La última orgía de Tais"). Si son pocos los poemas que remontan a los prestigiosos tiempos clásicos, muchos en cambio cultivan temas épicos y heroicos de la grandeza de la patria en épocas más felices que las actuales. Por ejemplo, ese motivo de la raza querrera de los hidalgos y su poderío de antaño se presenta en Antón ("Vieja Castilla"), Ilera ("Tierra madre"), Camino Nessí ("Trenos a la raza en ruinas"), Miguel de Castro ("De Castilla, la Real"), Blanco Belmonte ("Nidos de antaño") y esa tendencia patriótica llega a su punto más alto en la larga y retórica "Canción española" de José Montero. Cristóbal de Castro incursiona en el ambiente cortesano ("Trova de Gerineldo") y hermoso es el romance legendario "Galancina" de Villaespesa. Y hasta la 32 INTI N¹ 24-25

nota picaresca se da en "EL triunfo del ventero" de Luis de Castro. Por supuesto, de tono tradicionalista es la poesía de Enrique de Mesa, gran exponente moderno de la estilización y remozamiento de os viejos temas cortesanos y campestres a la vez.

Otros poetas del libro escriben acerca de la vida apacible de provincia y las faenas rurales (Ortiz de Pinedo); a veces se destaca un apunte descriptivo ("Canción de la cigarra" por Martínez Jerez); y Díez-Canedo es autor de una sentida elegía titulada "Campanas". Un fino lirismo caracteriza las dos composiciones (no del mar) de Tomás Morales: "Rimas sentimentales" rememora el término de las vacaciones, así como el triste retorno al colegio y los días de aburrimiento, y en "Soneto" se trata del recuerdo de unos amores juveniles. Se repite la composición "Evocación" de Lasso de la Vega, poema sentimental y visionario en que el autor evoca, como ya se dijo, a la mujer a quien amaba no se sabe dónde ni cuándo, en una ciudad que no existe sino en sus ensueños. De índole netamente subjetiva es el soneto "Resignación" de Luis Brun, publicado originalmente en una serie de semblanzas poéticas en El Liberal, y el poeta pregunta, solo y triste, por las cosas románticas del pasado, así como por el camino del futuro.

Resumiendo: sin duda el rasgo más notable de Los mejores poetas contemporáneos es no sólo la eliminación de todo residuo modernista sino también la selección de tantas poesías de tipo patriótico referidas con nostalgia a aquellos tiempos cuando más brillaba el poderío castellano. Hasta el mejor intencionado lector de hoy no puede identificarse con la prédica cuasi moralizante de un Fernández Ardavín, y se siente también lejos de la simbología anacrónica de un Marquina. Si se exceptúan las obras de los poetas más altos de la época, la lectura del libro indefectiblemente produce la impresión de una poesía envejecida y no poco cansada aunque pronto, con la lírica del 27, saldrá de su marasmo para alcanzar nuevas excelencias.

Die Moderne Spanische Dichtung

Aunque el largo estudio preliminar ocupa aproximadamente dos terceras partes de la obra, el ya clásico libro *Die Moderne Spanische Dichtung* (Leipzig-Berlin, 1927) de José F. Montesinos tiene también su parte antológica (pp. 120-200) y por lo tanto merece casi como *post data* breve noticia aquí. En ella se recogen con un criterio muy selectivo muestras de veintiún poetas desde Salvador Rueda y Darío hasta Dámaso Alonso y Pedro Salinas. Entre los poetas hay pocas sorpresas con la posible excepción de F. Martínez Corbalán de quien se incluye un poema ("Una copla de noche"), y, en cuanto a los escritores más jóvenes (Moreno Villa y otros) se recogen

dos baladas de Lorca tomadas de *Libro de poemas* (1921) y cuatro poemas de *Presagios* de Salinas cierran el volumen. Al lado de los poetas mayores figuran asimismo en la antología de Montesinos algunos nombres menos célebres pero familiares: Díez-Canedo, Mesa, Morales, así como los poetas regionales (Medina, Gabriel y Galán). Especialmente generoso es el espacio concedido a Darío (diez poesías), Juan Ramón Jiménez (diecisiete) y en orden descendente vienen Antonio Machado (siete), Manuel Machado (seis), Valle-Inclán (cinco), y Unamuno (cuatro). Además la fecha más avanzada permite a Montesinos incorporar muestras de la última obra de los poetas consagrados (Valle, Unamuno, Machado).

En virtud del extenso estudio panorámico que abre el libro (pp. 1-119), éste se diferencia marcadamente de los otros textos examinados aquí, porque ellos no suelen tener pretensiones críticas de ninguna clase. En efecto es de primerísima calidad la amplia visión ofrecida por Montesinos del desarrollo de la poesía moderna, y esa visión ha servido sin duda alguna de base fundamental para muchas exposiciones posteriores. El estudio se distribuye en ocho capítulos partiendo de la poesía desde 1850 para llegar, en el capítulo final, a los escritores de la década 1914-1924.³⁹ Utiles también son las notas e indicaciones biobibliográficas (véase sobre todo las pp. 201-212), y, nuevamente, aventuro la opinión de que los esquemas propuestos por Montesinos han sido un modelo para la crítica que después ha intentado organizar en forma coherente la evolución de la poesía española moderna. Muchas veces sin ninguna indicación de la fuente.

Vale la pena señalar que Montesinos dedica un capítulo entero (III, pp. 28-46) a Rubén Darío y, junto con las páginas en que se estudian a otros maestros, se completa con acierto el panorama con mención adecuada de otros escritores aunque no representados en su antología (por ejemplo, Zayas, Ramón de Godoy, Carrère, Reyes, Paradas y media docena más). También se da la atención debida a Marquina, Villaespesa, Morales y Enrique de Mesa, incluídos en la antología, y, entre los más jóvenes, quienes con el tiempo enriquecerán notablemente el acervo de la poesía española, tienen un lugar apropiado Gerardo Diego, León Felipe y algunos más, aunque faltan en la parte antológica del texto. Otro paso más y estamos en los umbrales de la publicación de las antologías de Onís y Gerardo Diego, innegable punto de partida en el magno esfuerzo para antologizar la poesía moderna con un criterio exigente.

Palabras finales

Mi estudio de algunas antologías poéticas de los primeros decenios del siglo XX conduce necesariamente a algunas posibles conclusiones sobre el desarrollo de la poesía española durante aquellos años. La corte de los

34 INTI Nº 24-25

poetas, significativo documento histórico a pesar de sus indicados defectos y respuesta polémica a la miopía de Emilio Ferrari y Cía., resume en cierto sentido las realizaciones e intentos del modernismo, forja para los poetas mayores aunque pronto lo abandonarán en busca de una personalidad propia. Superados los aspectos más exteriores del modernismo, la mayoría de los poetas se distanciaron del movimiento renovador que tanto bien había hecho en su época para dedicarse a una poesía cada vez más comprometida con las realidades nacionales, sin descuidar los conflictos intimistas o sentimentales que en parte tienen su origen en el romanticismo tardío de Bécquer, prolongado de modo especial por Juan Ramón Jiménez, cuya influencia sique siendo profunda durante casi medio siglo. Como en el postmodernismo hispanoamericano, muchos poetas peninsulares prefieren cultivar temas más cotidianos u hogareños, así como los de naturaleza histórica, resultado natural de un clima de desaliento político y social que persiste en el país. Esa dirección historicista fue abusada por muchos escritores de segunda fila, dando origen a una poesía a menudo sonora y enfática. Sin embargo, los poetas ya no veían meros reflejos del arte y de la cultura más refinada, sino que se acercaron ahora a las mesmas vivas aguas de la vida como dijo Machado recordando a Santa Teresa. La poesía lírica, menos sensorialista, gana sin duda en hondura espiritual al menos en los mejores poetas del día. Aprovechadas las lecciones libertadoras impuestas por el genio de Darío, cuya interiorización se inicia hacia 1900 si no antes, los grandes poetas, rodeados por una siempre creciente multitud de autores menores, aseguraron la perduración de la excelencia de la poesía nacional y a la vez prepararon el terreno para el advenimiento de las destacadas figuras de la generación siguiente. Por último, para juzgar la poesía española de aquellos tiempos no es siempre suficiente tener sólo en cuenta a los mejores poetas sino recordar también a los que en gran parte olvidados o poco leídos hoy laboraron silenciosa y porfiadamente un poco a la sombra de los más valiosos exponentes de la lírica durante aquellos tiempos.

NOTAS

¹ Gerardo Diego, Poesía española contemporánea, 2da. ed. (Madrid, 1959), pp. 20-21.

- 2 Leopoldo Alas, Apolo en Pafos (Madrid, 1887), pp. 84-85.
- 3 Sobre este tema véase la crónica "El modernismo" (en *España contemporánea, Obras completas,* III [Madrid, 1950], pp. 300-307), en que se defiende ante unos ataques contra los modernistas, decadentes y estetas publicados en la prensa de Madrid, explicando además la eclosión del movimiento en América antes que en España por el soplo cosmopolita que anima las nuevas generaciones americanas frente a las murallas de indiferencia que asfixiaban la mediocracia española.
- 4 Rubén Darío, "Nuevos poetas de España", en *Opiniones, Obras completas*, I, ed. cit., pp. 413-14.
- 5 Cito el texto de Ayala según el excelente estudio de *Helios* debido a Patricia O'Riordan, en *Abaco*, 4 (1973), 57-150, ref. p. 105.
- 6 Julio Cejador y Frauca, *Historia de la lengua y literatura castellana*, XII (Madrid, 1920), pp. 197-98.
- 7 Federico de Onís, Antología de poesía española e hispanoamericana, 2da. ed., (Nueva York, 1961), XXV.
- 8 José María de Cossío, *Cincuenta años de poesía española*, I (Madrid, 1960), pp. 451-56.
- 9 Angel del Río, *Historia de la literatura española*, 2da. ed. (Nueva York, 1963), II, p. 294. También, al referirse a la publicación de *La corte* en 1906, Sebastián de la Nuez (Tomás Morales, I [Universidad de la Laguna, 1956], p. 112) recuerda que *España nueva*, periódico liberal, publica en entregas sucesivas la caricatura de un poeta y una poesía de la antología.
 - 10 Archivum, XXVI (1976), 33-42.
- 11 Cuadernos Hispanoamericanos 403-405 (enero-marzo 1984), 329-39. A mi amigo José Luis Cano debo la comunicación de estos datos; para él mis más cumplidas gracias.
- 12 Cano, ob. cit., p. 330. El poema del cual aquí se transcriben algunas estrofas pertenece a *Poesías* (1907), y cito según sus *Obras completas* XIII (Madrid, 1958), pp. 209-10.
- 13 Sobre Emilio Carrére, véase mi trabajo "Treinta años de poesía y bohemia (1890-1920)", próximo a publicarse en *Anales de literatura española* 5 (1986).
- 14 Emilio Ferrari lee su entonces célebre discurso académico el 30 de abril de 1905, y se publica en Madrid durante el mismo año en un folleto de ochenta páginas, que incluye la respuesta de Echegaray. Su tema: "la poesía en la crisis literaria actual". Preocupado por los extravíos y deformaciones perceptibles en la poesía de la época, Ferrari ataca con saña el lujo malsano y el anarquismo intelectual. Todos los ismos (decadentismo, satanismo, preciosismo, prerrafaelismo, simbolismo, etc.) se amalgaman en una cloaca inmunda llamada modernismo. La desintegración morbosa y la manía por lo exótico en fin, todos los vicios importados del país vecino se deben a los poetas modernistas, obscenos y místicos a la vez, que han descoyuntado el verso español. Y, desde luego, otro blanco de la ira de Ferrari es el verbalismo lingüístico, huero y superficial en su desorbitada extravagancia, si bien al final de su discurso expresa su confianza en un renacimiento que llegará a abolir estas lamentables máculas ideológicas y formalistas.
- 15 Carlos Lozano (*Rubén Dar o y el modernismo en España: 1880-1920* [Nueva York, 1968], XVI) considera *La corte* como homenaje a Darío: *confesión pública de su*

36 INTI Nº 24-25

influencia y su jefatura por los modernistas españoles... un manifiesto y, a la vez, un airado desafío a los académicos y sus cánones trasnochados...

16 Tras una crítica severa de Emilio Carrére (es un prolijo, superficial y desaliñado poeta inferior. Su poesía, como su desastrada catadura bohemia y su vida callejera y picaresca, es de factura burdamente fácil, aunque a veces tiene esa seducción banal y ligera de la sonoridad exterior y el anecdotismo sentimental [p. 245]), se leen en la historia de Juan Chabás (Literatura española contemporánea [La Habana, 1952]) las siguientes palabras: Es también autor de una antología o florilegio llamado Corte de los poetas [sic], donde sin tino crítico ni sentido de selección se amontonan materiales poéticos útiles o curiosos para reconstruir la historia del modernismo, en América y en España, hacia 1905 [sic], fecha del florilegio (p. 246).

En una nota bastante posterior ("Retablo literario: La corte de los poetas de Vives Liern", en Madrid Cómico, [24/VI/1911], 7) Emilio Carrére habla de su antología: No creo ni mucho menos, en su mérito extraordinario; pero lo estimo como libro airoso y documento histórico del nivel literario de aquel instante, punto interesantísimo de lucha entre el seudo romanticismo fosilizado y las nuevas orientaciones. Después de referirse a la buena acogida que tuvo en la prensa (menciona los nombres de algunos críticos generosos), afirma que el libro constituía el triunfo de los modernistas, y admite que el volumen tiene máculas absurdas y hasta monstruosidades. Pero, qué queréis, amigos; sobre mi criterio literario, estaba la voluntad de un editor acéfalo, cuya única preceptiva radicaba en el cajón y en el libro de caja. Yo hube de sostener con él verdaderas batallas. Es excusado decir que en más de una ocasión pudo ganar evidentemente el editor, imponiendo cosas ridículas de amigos y clientes.

De los comentarios que he leído sin duda el más severo es el publicado en *Gedeón* con fecha 22/VII/1906, en que el autor anónimo protesta la inclusión de unos cuantos señores que no son ni serán jamás poetas. Se citan algunos casos concretos y hasta algunos versos pésimos.

- 17 En su citado artículo Cachero se inclina a negar el modernismo de *La corte*, destacando en primer plano las composiciones que clasifica en términos generales de tipo decimonónico (p. 40).
 - 18 También Cachero (Ibid., pp. 36-38) anota algunas de las mismas anomalías.
- 19 Enrique Díez-Canedo, "La poesía regional española", en *Estudios de poesía* española contemporánea (México, 1965), p. 139.
- 20 Sobre Pedro Barrantes y su obra poética, véase mi trabajo inédito citado en la nota 13.
- 21 Rubén Darío, "Málaga", en *Tierras solares, Obras completas,* ed. cit., III, p. 875.
 - 22 Rubén Darío, "Nuevos poetas de España", p. 420.
- 23 Ricardo Baroja (*Gente de la generación del 98* [Barcelona, 1952], p. 23) lo recuerda en el café de Madrid, en la calle de Alcalá, y nos ha dejado una semblanza del escritor, siempre silencioso y ensimismado, de aire romántico.
- 24 Dicho esto no quiero implicar desacuerdo total con el juicio de Cachero que yo no vacilaría en subscribir con solamente algunas leves reservas. De La corte dice: conjunto que visto desde la perspectiva actual es como una necrópolis de nombres sólo con valor documental o arqueológico y de donde superviven algunos otros, poco o nada pagados de la moda momentánea, capaces de superarla tras beneficiarse de ella y de

llegar por sus propios pasos, camino adelante, más allá del presente efímero. Ob. cit., p. 40.

- 25 "Crítica bárbara" y "Poesía nueva. Poesía vieja", ambos textos publicados en El Imparcial (6 y 13/VIII/1906) e incluidos en sus Obras completas, 5ta. ed., I (Madrid, 1961), pp. 44-52.
 - 26 Rubén Darío, El canto errante, Obras completas, ed. cit., V, p. 955.
- 27 Yo creía ser el primero en advertir la fuente precisa de la cita que hace Darío de los juicios de Ortega, pero ahora, entre algunos viejos papeles, hallo sobretiro del ensayo de Guillermo de Torre, "Ortega, teórico de la literatura" (en *Papeles de Son Armadans* XIX [octubre 1957], 26-27) que apunta el dato en cuestión.
 - 28 "Los versos de Antonio Machado", Obras completas, I, ed. cit., p. 571.
- 29 Tanto José Luis Cano como José María Cachero se refieren de pasada a este florilegio en los artículos citados, y, por lo visto, al último se debe también un comentario sobre *La musa nueva* que desconozco.
- 30 A última hora he podido ver algunos números de Azul, que comenzó a publicarse el I/IX/1907, y el número final que pude examinar es el dos del segundo año con fecha 22/III/1908. Entre los más asiduos colaboradores, además del director, están González Anaya, José Durbán, González Blanco, Pepita Vidal, Rodríguez Embil, Ramírez Angel y algunos más. Es significativo el espacio dedicado a las letras americanas (Pinchardo, Gómez Jaime, Ugarte) y a los nuevos valores de la literatura hispánica (Monterrey, González Anaya, Miguel de San Román, Pepita Vidal).
 - 31 Cartas de Rubén Darío (Madrid, 1963), pp. 96-103.
- 32 Desconozco el libro de Manuel Ramos Ortega, La obra poética de Eduardo de Ory (Cádiz, 1983).
- 33 Según José Rubia Barcia (*Mascarón de proa* [La Coruña, 1983], p. 30) el poema "Flor de la tarde" se publicó en la *Revista latina* de Villaespesa y era la primera vez que una poesía de Valle había aparecido en una antología de este tipo.
- 34 A él Darío dedica "una cabeza" en que no escatima sus elogios y de modo especial del pintor. *Obras completas*, II, ed. cit., pp. 1007-10.
- 35 Pongo un interesante ejemplo: se incluyen de Valle-Inclán cuatro poemas, dos de los cuales ("Mi perro", "Nigromancia") no figuran en sus *Claves Ifricas* (1930), mientras que los "Versos de Job", con leve cambio de titulo y publicados por primera vez en *Nuevo Mundo*, así como varias estrofas de "Paisaje", fueron incorporados en *El pasajero* (1920). Rubia Barcia imprime "Mi perro" y "Nigromancia" en *A Biobibliography and Iconography of Valle-Inclán* (California, 1960), pp. 97-98, tomando los textos de la antología de José Brissa. En realidad "Paisaje" y "Mi perro" habían aparecido en *Los lunes del Imparcial* con fecha 5/XI/1912, pero hasta ahora no he podido precisar la fuente exacta para
- 36 Al lado de los mejores poetas de la época, siempre presentes con la excepción de Dar o, aparecen ahora algunos nombres nuevos y entre los más conocidos destaco los de Alomar, Antón del Olmet, Buendía, Martínez Sierra y Rivas Cherif. De inmediato se ve que muchas poesías comienzan a ser repetidas de antología en antología "¡Oh dulces prendas!" (Alonso Cortés), "El caballero de la muerte" (Carrére), "Evocación" (Lasso de la Vega), "Resignación" (Luis Brun), "Soy español" (Alarcón), "Voz del agua" (Mesa), "Poemas del mar" (Morales), "Flor de la tarde" (Valle), "En tierra vasca" (Fortún), "La taberna del arrabal" (Pujol), "Ayer, hoy y

mañana" (Mariano del Val) y seguramente otros títulos más que no recuerdo por el momento.

- 37 El poeta más viejo es Juan Alcover, amigo mallorquín de Darío nacido en 1854, y figura en el florilegio un poema suyo, de tema hogareño titulado "Nocturno".
- 38 Según Cejador (ob. cit., XIV [Madrid, 1922], p. 382) Pedro Crespo es seudónimo de Miguel de Castro.
- 39 En una nota (V) se citan en el libro de Montesinos La corte de los poetas, La musa nueva y Parnaso español contemporáneo en su edición de 1914.